

Sin embargo, Melfi guardaba en casi todos los instantes una actitud melancólica, actitud que correspondía a una razón profunda de su naturaleza. Era un hombre reservado, triste, pero con una enorme confianza en el porvenir. Asentaba sus esperanzas en la juventud, en las generaciones venideras. Creía en la futura justicia social del mundo, convicción que nacía de su temperamento generoso y justo.

Como escritor específico, fué un hombre de selección, de pensamiento limpiísimo y bien intencionado, llano, fino, elegante y profundo. Escribía sin circunscribirse a pequeñeces locales, y sus reflexiones fluían libres y sin amarras. La fatalidad vino a cortar el hilo noble de su pensamiento, cuando maduraba como la dorada gavilla del otoño, y cuando las alas habían adquirido su poder para el vuelo.

Ahora él está descansando, dormido en el gran sueño. Pero su voz está en nuestro oído, su mirada está viva en la nuestra, y su amistad sigue bullendo en nuestro espíritu.

Sentimiento; viva y permanente nostalgia. Tristeza de recordar lo que el destino nos quitó. He aquí lo que yo no sé decirle a este amigo cuya compañía invisible permanece silenciosa y viva, presidiendo la amistad, entre sus viejos y queridos camaradas...

## AUGUSTO D'HALMAR EN EL RECUERDO

por LUIS DURAND

Ahora que se fué, y suavizadas ya todas las aristas que produce el roce de la vida, le veo llegar de Europa después de dilatada ausencia. Alto, con la cabeza nívea, el rostro atezado por el aire del mar,



los ojos brillantes, el gesto alegre y la palabra sin escondida amargura. Le fuimos a esperar a la estación y desde allí lo llevamos a un restaurante del centro en donde alrededor de una mesa le oímos conversar durante un par de horas, durante las cuales desovilló la madeja de los recuerdos y contó festivas anécdotas. Todos le oímos ansiosamente. Era como un mago que nos hiciera conocer un poco de su arte de encantador, y nos mostrara a lo largo de la vena azul de su evocación, la parte más feliz de su vida, de sus sueños, de su peregrinaje por el mundo. Recuerdo que esa noche nos contó una graciosísima anécdota de Diego Dublé Urrutia, y con humor de niño poseído por una ráfaga de ventura, recitó luego una poesía de este poeta, imitándole su manera de hablar.

Una cadena interminable de festejos asedió porfiadamente a d'Halmar durante los primeros tiempos de su estada en Chile. Los editores se disputaban el derecho de publicar sus libros. Los diarios y revistas traían su retrato y de la provincia se oía el clamor urgente que solicitaba su presencia. Pero todo pasa y cuando su vida adquirió el ritmo tranquilo que es lo normal, pudimos tratarle con mayor intimidad. Aquí en Santiago, luego en Valparaíso donde vivió en el Pasaje Daneri de la Subida Cumming.

D'Halmar era un hombre que gustaba de la amistad y de que se le acogiera en el seno familiar, en ese tibio rincón que él, hombre solo, no tuvo acaso por su condición de vagabundo de los caminos de la tierra, y de sus sueños y esperanzas. Tuve el agrado de tenerle en muchas ocasiones en mi casa. Y allí me dí cuenta de cómo le gustaba que le prodigarán el afecto. Que le hicieran objeto del cariño y de una preocupación amable hacia su persona. Gustaba de arrinconarse



junto a una estufa, envuelto en su amplia capa y allí cerca tener un traguito de aguardiente de la tierra que le agradaba, porque creía además que no había mejor digestivo que ese, después de una placentera comida.

Sentía gran inclinación a contar anécdotas y de que le oyeran con atención. Y así pudimos saber muchas cosas interesantes acerca de grandes espíritus de Europa. De Loti y Milocz el lituano, con quien compartió años de bella amistad. De Rubén Darío y Amado Nervo que le dedicaron hermosos poemas en los que ponían de relieve su arrogante estampa y el resplandor interno de su espíritu. Sería interminable la lista de las gentes a quienes d'Halmar conoció en el camino de sus peregrinajes. Y después de vivir en un solitario puerto de la costa del Perú en donde escribió su delicioso cuento «Gatita», se marchó a la India, tierra de misterio y maravilla de la cual escribió páginas admirables.

D'Halmar había nacido para el arte, quizá si nunca hubiera podido hacer otra cosa que lo que hizo. Escribir era su refugio, escribir era su goce máximo. Y cuando tuvo necesidad de ocupar un cargo público, en la Biblioteca Nacional, lo aceptó porque allí estaba rodeado de libros, de esos libros que él amaba y le hacían soñar con una vida que seguramente en el fondo de su intimidad, anhelaba que fuese de otra manera, con mayor ternura humana, con más tibia efusión. Acaso fué este anhelo el que le hizo decidirse a vivir en casa de su gran amiga Silvia Thayer, que le acompañó con permanente abnegación hasta las últimas horas de su vida.

Es tan conocida la obra de d'Halmar que en esta página evocadora casi no tendría objeto hablar de ella, sino del hombre en el aspecto humano. Pero será

preciso decir una vez más, y acaso cientos de veces, que fué un maestro, que fué el escritor que puso en la literatura chilena un mágico soplo de ensueño y fantasía. En sus años de juventud comienza su labor literaria con una novela de fuerte realismo, «Juana Lucero», que él, en sus últimos tiempos, estimaba como un pecado de juventud. Pero muy pronto abandona este camino que el influjo zolaico había inducido a seguir a muchos escritores de esta América que recién comenzaba a manifestar su pensamiento y su sensibilidad. Y entonces su poderosa imaginación le provoca bellas y originales páginas de antología, entre las cuales nadie que haya leído a d'Halmar podrá olvidar ese admirable relato cuyo personaje es una plumilla de cardo: «A rodar tierra». El, dentro de su alma de soñador recalcitrante, llevaba el vilano que le hacía trasponer todos los horizontes. Era el ensueño en d'Halmar la fuente más pura de su inspiración. Su arrebató lírico y creador había logrado desprenderse del pesado bagaje de la realidad. Y al huir de aquello que tal vez hacía sus horas sombrías, se elevaba, se evadía, se libertaba de la carga opresora que el hombre pegado a la tierra debe soportar a lo largo de su existencia. En «El Cura Deusto», en «Nirvana», en «La Sombra del humo en el espejo» percibimos claramente la raíz de su sensibilidad. Tiende siempre a elevarse, a huir de la tierra, a buscar el maravilloso país de los sueños que hacen la vida más noble y generosa.

D'Halmar en los años arrogantes de su juventud, tiene participación principal en aquella famosa colonia tolstoiana, que un grupo de hombres poseídos por el ansia de variar el rumbo de su destino, organizan, creyendo que se puede vivir sin más preocupaciones



que adorar la belleza y extraerle a la tierra sus frutos. No contaban ellos con que las pasiones y flaquezas humanas les traicionarían y que todo eso no pasaría de ser una bella y loca aventura. Y eso fué: una aventura maravillosa que le ha dado a nuestra literatura un signo de suprema idealidad. Los hombres que tomaron parte en esa ilusionada y gallarda jactancia de juventud, murieron aferrados a sus ansias de crear belleza, otros aún siguen alimentando la embriagante quimera como en espera de un radioso y divino amanecer.

Augusto d'Halmar se fué en un día del verano pasado. Tenía el presentimiento de su próximo fin. Y recuerdo que en un almuerzo que le ofrecimos el año pasado, creo que con motivo de su cumpleaños pronunció un discurso que era como un responso a sí mismo. Fueron palabras cargadas de sombras, de dudas, de angustias. Quién sabe si la despedida en público a todos los que le estimaban como hombre y lo admiraban como escritor. Las luces de su exquisito talento de orador, estaban allí atenuadas, como si estuviera hablando de la nostalgia de su propia existencia que ya hubiese pasado. Porque en Augusto d'Halmar florecía en diversos matices su extraordinario talento de artista. Aquí y en Europa supo deleitar a su auditorio con la magia cautivadora de sus palabras. El ingenio de sus pensamientos se desbordaba como una fácil corriente iluminada de metáforas resplandecientes. Y quienes le escuchaban salían con el ánimo ligero y alborozado por ese soplo de gracia y de estético goce que él sabía conferirle a todos los temas que trataba.

En este somero recuerdo del escritor y del hombre, nunca podré olvidar las palabras de aprecio que siem-

pre tuvo para mí. Recorriendo algunos viejos papeles me he encontrado con un artículo suyo que tituló: «Durand el bueno». Tenía una idea sincera y afectuosa de mí. Acaso en los últimos días pudo variar, aunque en el fondo no lo creo. Yo pienso, que esta figura egregia de nuestra literatura se irá alzando más y más y como las estrellas resplandecerá eternamente. Y el alma de los chilenos buscará su luz en la perspectiva infinita del tiempo. Y lo que el tiempo no destruye sigue viviendo gloriosamente. Augusto d'Halmar lo consiguió.

## TOMAS GATICA MARTINEZ Y EL NUEVO SENTIDO DE LA CULTURA

por ANIBAL BASCUÑAN VALDES

El físico recoge en su lente las ondas de la luz y las presenta en el milagro del iris. El perfumista cosecha las flores de una colina y las macera hasta guardarlas en sus frascos de esencias. El músico oye el canto de la luz sobre montañas y mares y compendia ese himno genésico en una breve sinfonía. Pero, ¿cómo realizar el milagro de reunir los destellos de un espíritu pro-teico y presentarlo en corta síntesis?

La personalidad de Tomás Gatica Martínez fué polifacética y dar un esquema de ella es tarea azarosa. Desde su adolescencia, en la noble ciudad de Chillán, se le ve en procura de saber, en demanda de belleza, en afán de lineamientos estéticos. Funda una revista juvenil en que vuelan por la calma provinciana propios y ajenos sueños. Se convierte en activador de un movimiento literario regional. Ya aquí aparece